



**DIETRICH
VON HILDEBRAND**
**MI LUCHA
CONTRA HITLER**

RIALP

DIETRICH VON HILDEBRAND

MI LUCHA
CONTRA HITLER

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

Publicado por acuerdo con Image Books, un sello editorial de The Crown Publishing Group, una división de Random House Inc.

© 2014 by DIETRICH VON HILDEBRAND

© 2016 de la versión española por GLORIA ESTEBAN ,

by EDICIONES RIALP, S. A.

Colombia, 63. 28016 Madrid

(www.rialp.com)

Realización ePub: produccioneditorial.com

ISBN: 978-84-321-4617-6

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Si Dios permite males como el bolchevismo y el nacionalsocialismo, es —como dice san Pablo— para probarnos: lo que Dios quiere es precisamente que combatamos el mal, aunque suframos una derrota externa.

Dietrich von Hildebrand

En Austria, el mayor obstáculo para el nacionalsocialismo es ese maldito Hildebrand. No hay nadie que haga más daño que él.

Franz von Papen,
embajador nazi en Austria

Nos inmunizó y nos protegió de las corrientes filosóficas que recorrían Alemania en aquella época. La música de Heidegger había perdido para nosotros su poder de seducción, porque nuestros oídos habían ganado en agudeza. Todo el que entendía a Hildebrand estaba salvado. Creo que es justo decir que, a pesar de las circunstancias, la historia habría sido muy diferente de haber existido más profesores como él.

Paul Stöcklein,
alumno de Hildebrand en la Universidad de Munich

ÍNDICE

[PORTADA](#)

[PORTADA INTERIOR](#)

[CRÉDITOS](#)

[CITAS](#)

[UNA DECISIÓN VITAL](#)

[¿QUIÉN ERA EL HOMBRE QUE SE ENFRENTÓ A HITLER?](#)

[NOTA ACERCA DEL TEXTO](#)

[PRIMERA PARTE. MEMORIAS](#)

[1921](#)

[1922](#)

[1923](#)

[1932](#)

[1933](#)

[1934](#)

[1935](#)

[1936](#)

[1937](#)

[LA HUIDA DE VIENA](#)

[SEGUNDA PARTE. ESCRITOS EN CONTRA DE LA IDEOLOGÍA NAZI](#)

[AUSTRIA Y EL NACIONALISMO](#)

[LA CULTURA ALEMANA Y EL NACIONALSOCIALISMO](#)

[EL PELIGRO DE ACABAR MORALMENTE ADORMECIDO](#)

[EN CONTRA DEL ANTISEMITISMO](#)

[LOS JUDÍOS Y EL OCCIDENTE CRISTIANO](#)

[EL PELIGRO DEL QUIETISMO](#)

[CETERUM CENSEO...!](#)

[FALSOS FRENTE](#)

[LA ENCRUCIJADA](#)

[LA BATALLA POR LA PERSONA](#)

[EL CAOS DE NUESTRO TIEMPO Y LA JERARQUÍA DE VALORES](#)

[AUTORIDAD Y LIDERAZGO](#)

[MASA Y COMUNIDAD](#)

[INDIVIDUO Y COMUNIDAD](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[ACERCA DEL PROYECTO HILDEBRAND](#)

[DIETRICH VON HILDEBRAND](#)

UNA DECISIÓN VITAL

*Prefiero ser un pordiosero libre
a verme obligado a ceder
en contra de mi conciencia*

DIETRICH VON HILDEBRAND

Durante los primeros meses de 1933, el mundo contempló el ascenso de Adolf Hitler al poder. En elecciones sucesivas, el Partido Nazi fue ganando escaños en el Parlamento alemán, y el 30 de enero se nombró a Hitler canciller de Alemania. El edificio del Reichstag, sede del Parlamento, fue incendiado el 27 de febrero, y Hitler aprovechó rápidamente la consiguiente inquietud para consolidar los poderes de emergencia y suspender los derechos fundamentales. Entonces se desató el terror y se procedió al arresto de miles de opositores políticos.

Hubo un alemán que siguió estos acontecimientos con profundo pesar e indignación: el filósofo Dietrich von Hildebrand. La idea de que su amada nación cayera «en manos de criminales» le destrozó el corazón. Pero el vertiginoso ascenso de Hitler supuso para Hildebrand algo más que un motivo de hondo dolor: lo enfrentó a una decisión. ¿Debía quedarse en Alemania? Es más: ¿podía quedarse? ¿Qué le exigía su conciencia? ¿Qué le pedía Dios?

Estas preguntas rondaban la mente de Hildebrand desde el nacimiento del Partido en Munich, su ciudad natal. Estaba predestinado a ser un enemigo del nazismo: ya antes del despegue del movimiento expuso públicamente sus críticas al nacionalismo, el militarismo, el colectivismo y el antisemitismo, pilares fundamentales de la ideología nazi. De ahí que en 1921 los nazis lo situaran en el punto de mira no solo por atacarlos explícitamente, sino por condenar en público como un «crimen atroz» la invasión alemana de una

Bélgica neutral en los inicios de la primera guerra mundial (1914). Sus críticas, manifestadas en 1921 en un congreso por la paz celebrado en París, conmocionaron a la prensa alemana. La traición de Hildebrand al dogma nacionalista de la ortodoxia nazi le valió la condena a muerte, por lo que se vio obligado a huir en 1923, durante la tentativa de Hitler de hacerse con el poder.

En 1933 Hildebrand tenía razones para pensar que su sentencia de muerte había caído en el olvido. De ahí que el motivo de su decisión no fuera tanto la consideración de los posibles peligros a los que se enfrentaba como el hecho de si podía realmente quedarse en el Tercer Reich. ¿Era posible vivir en un territorio con un Estado capaz de legitimar tantas injusticias y en el que la oposición solo podía conllevar el arresto y la tortura?

La respuesta —mejor dicho, su respuesta— fue negativa. No: ni como filósofo ni como católico podía seguir en Alemania. Quedarse allí exigiría su silencio y una aquiescencia gradual e inevitable. Lo cual, en su opinión, estaba tan reñido con su vocación filosófica de buscar la verdad sin concesiones como con su vocación cristiana de ser testigo de esa verdad a cualquier precio.

Pero Hildebrand sabía también que su decisión de «abandonarlo todo» se hallaba ligada a una vocación personal y única: a «mi misión», como solía decir. Sabía que no todo el mundo ni todo filósofo podía o debía dejar Alemania. Sabía que otros hombres heroicos como Dietrich Bonhoeffer respondían a una llamada distinta quedándose en Alemania y trabajando desde dentro por el fracaso del nazismo. Más adelante prestó su apoyo a los amigos que no abandonaron Alemania, animándolos a cultivar un constante «rechazo interior» al nazismo y advirtiéndoles del peligro de acabar «moralmente adormecidos» al vivir bajo un régimen perverso. Pero, en su caso, sabía que estaba llamado a dejar Alemania. Sabía que tenía la misión personal de denunciar el nazismo y ayudar a liberar a Alemania y al mundo entero de

su veneno. A principios de marzo de 1933 ignoraba adónde lo conduciría aquello. Dejó su casa, a sus hermanas tan queridas, su amplio círculo de amigos, su carrera ascendente en la Universidad de Munich y el lugar decisivo que ocupaba en una floreciente comunidad religiosa y cultural que se reunía en aquellas famosas «veladas» de su casa en Maria-Theresia Strasse. Pensaba que, si seguía su conciencia y buscaba la guía de Dios, recibiría luz para saber qué pasos dar a continuación.

La decisión de Hildebrand, que resultó vital en el más estricto sentido de la palabra, le llevó a Viena, donde fundó la primera revista de resistencia intelectual al nazismo y al comunismo en idioma alemán. Su oposición incondicional se hizo sentir en toda Austria y aún más en la Alemania nazi. Hitler solicitó con insistencia del gobierno austriaco el cierre de la revista de Hildebrand, la cual en torno a 1937, concitaba tanta atención que el embajador nazi en Viena propuso a Hitler un plan para acabar con Hildebrand y con sus colaboradores.

Solo se llega a un conocimiento parcial de Hildebrand si no se comprende la radicalidad con que vivió su fe. De hecho, al dejar Alemania se lanzó en brazos de Dios. Pese a su confianza en unos argumentos filosóficos sólidos para desafiar al nazismo, en aquellas horas de oscuridad la verdadera fuente de su fortaleza y de una paz y una alegría asombrosas fue una vida de fe cada vez más intensa. «Tenía la convicción de estar actuando correctamente a ojos de Dios —escribiría más tarde—, y eso me proporcionaba tanta libertad interior que no sentía miedo».

Su historia se habría perdido para siempre de no ser por su esposa, Alice von Hildebrand. Su primera mujer, Gretchen, quien se mantuvo a su lado en su lucha contra el nazismo y lo apoyó sin reservas durante cuarenta y cinco años, falleció en 1957. En 1959, Hildebrand se casó con Alice Jourdain, con quien tejió una relación intelectual, espiritual y cultural única. «¡Cuánto lamento ser mucho más jo-

ven que tú (a Alice la separaban de él treinta años) y haberme perdido tanta parte de tu vida!», le dijo ella un día. «Yo la escribiré para ti», contestó él, y emprendió la tarea al día siguiente. Reunió cinco mil páginas manuscritas que recogían su vida detalladamente, desde su infancia, su juventud, su vida de fe y su educación, hasta su lucha contra el nazismo.

La dimensión épica de sus memorias lleva a pensar que Hildebrand escribía para una amplia e invisible audiencia de futuros lectores: lo que recoge en ellas, y especialmente su batalla en contra del nazismo, trasciende el ámbito de sus recuerdos personales al contener buena parte del espíritu de su tiempo. Pero la motivación original de sus memorias, su *público original*, fue Alice, su mujer. Con ella tenemos contraída una profunda deuda de gratitud no solo por *alentar* esas memorias, sino por *inspirar* su carácter íntimo e incluso confidencial.

Dietrich von Hildebrand no publicó sus memorias ni quiso reeditar ninguno de sus ensayos en contra del nazismo. Tampoco deseó, en años posteriores, poner de relieve su testimonio en Viena: jamás se consideró un héroe ni nadie merecedor de particulares elogios. El hecho de dejar que otros publicaran su historia constituye un indicio de su espíritu generoso. Sin embargo, este libro es realmente suyo. Se trata de un trabajo autobiográfico, de una autorrevelación. Al prepararlo, hemos procurado no alterar su entramado e intentado más bien elaborar un marco adecuado — a través sobre todo de breves notas históricas— que permita al lector revivir la historia de Hildebrand disponiendo de toda la información relevante.

¿Cómo habría titulado él este libro? No podemos saberlo y, dada su humildad, habría sugerido algo que hiciera honor a sus colaboradores antes que a sí mismo. Pero fue él quien involuntariamente le puso nombre. Estudiando las páginas de sus memorias descubrimos que el título que encabezaba el borrador de una parte de ellas era «Mein Kam-

pf Gegen Hitler»: «Mi lucha contra Hitler». Y así lo bautizamos.

A pesar de la grandeza de su historia, el testimonio de Hildebrand es poco conocido hoy día. Ojalá este libro cambie las cosas para siempre. Y ojalá se vuelva a oír su voz; ojalá su coraje sea —sí— recordado y celebrado, pero quede también como una advertencia y una esperanza.

¿QUIÉN ERA EL HOMBRE QUE SE ENFRENTÓ A HITLER?

Dietrich von Hildebrand abandonó Alemania para siempre el 12 de marzo de 1933. Tenía cuarenta y tres años: ni siquiera la mitad de su larga vida. No obstante, contaba con la madurez suficiente para ofrecer el testimonio que estaba llamado a dar. Toda su existencia fue una preparación para ese momento.

Dietrich vino al mundo el 12 de octubre de 1889 en Florencia, en la villa familiar San Francesco. Su padre, Adolf von Hildebrand, era uno de los escultores y arquitectos más célebres de la Alemania de entonces. Irene, su madre, una mujer instruida y culta, había recibido una enseñanza poco formal. Nacido después de cinco hermanas, Dietrich era el miembro más joven de la familia Hildebrand y el único hijo varón de Adolf e Irene. En 1898, Adolf fue contratado en Munich para construir una fuente: la famosa Wittelsbacher Brunnen. A partir de entonces, la familia pasaba seis meses en Florencia y otros seis en Munich, donde residían en Maria-Theresia Strasse, en una amplia vivienda diseñada por Adolf.

¿Se puede hallar en la infancia de Hildebrand algún rasgo precoz del futuro “enemigo número uno” de los nazis? Una anécdota recogida en sus memorias nos proporciona una primera clave. Dando un paseo con Nini, su hermana mayor, a esta le sorprendió la resistencia de Dietrich a admitir que todos los valores son relativos. Cuando Nini recurrió a su padre, defensor del relativismo moral, Adolf le contestó: “Pero Nini, si solo tiene catorce años...”. Aquello molestó mucho a Dietrich, quien replicó: “Tus argumentos resultan

muy débiles si la única prueba que tienes en mi contra es la edad". En sus últimos años de vida, Hildebrand recuperó este episodio en los primeros párrafos de la autobiografía intelectual que estaba redactando. «Este episodio es muy característico de mi visión filosófica», escribe, pues no solo expresa «mi convicción más íntima de que la verdad objetiva existe y puede ser conocida», sino que demuestra «mi capacidad de resistencia a la influencia del entorno y mi inmunidad a las ideas que de algún modo impregnan "el ambiente"» [1].

Y algo que no impregnaba precisamente el ambiente de San Francisco era la religión. Aun así, desde niño Hildebrand dio señales de una personalidad profundamente piadosa.

Adolf e Irene eran protestantes solo oficialmente, de ahí que sus hijos estuvieran bautizados. Pero su auténtica religión —por decirlo de algún modo— rendía culto a la belleza. Dietrich creció viviendo y respirando arte, y particularmente música, a la que era muy aficionado. La religión en cuanto revelación o culto divino no formaba parte de su mundo. Las iglesias eran una manifestación de la belleza artística, y la religión una fuente de inspiración estética.

No obstante, la riqueza cultural de San Francisco —una «isla espiritual», en palabras de Hildebrand— fue terreno fértil para algo más que una mirada crítica y un oído cultivado. Ese «mundo artístico de mis padres y mis hermanas», dice, era «elevado y noble y se hallaba exento de banalidad, convencionalismo y mediocridad». Y era reverente: no con una reverencia sobrenatural a Dios, sino con el reconocimiento de que el mundo está lleno de misterio y de que las grandes obras son dignas de admiración.

A pesar de que el cristianismo superficial de su familia no podía sino mantenerlo alejado de la práctica religiosa, la fe de Dietrich se remonta a la edad de cinco o seis años, o incluso antes. «No sé quién me habló por primera vez de Cristo», escribe.

No recuerdo a nadie religioso en mi entorno. En nuestra habitación había un crucifijo y fue probablemente Vivi [su hermana] quien me habló de Cristo. Pero el amor a Jesús que creció en mi alma y mi firme convicción de que Cristo es Dios no se pueden deber a la influencia de nadie a mi alrededor.

Es comprensible que su familia empezara a constatar con sorpresa los indicios de su inclinación religiosa. Su hermana Bertele recordaba la respuesta de Dietrich cuando ella le repitió lo que había dicho su madre en la mesa: que Cristo solo era hijo de Dios en la misma medida en que todo el mundo es hijo de Dios. Bertele tenía ocho años y medio y Dietrich tan solo cinco. Él se subió a la cama, le estrechó la mano solemnemente y dijo: «¡Pues yo te juro que Cristo es Dios!».

En la mayoría de los niños se habría dejado sentir la fuerte influencia de sus padres, pero no en el caso de Dietrich. Refiriéndose a su madre, escribe:

Es posible que rezara con nosotros el padrenuestro, pero como no era una cristiana piadosa nunca nos habló de la divinidad de Cristo. Sin embargo, yo tenía tanta fe en la divinidad de Cristo que no me importaba nada que mi querida madre no creyera en ella.

No obstante, la falta de fe de su madre no respondía a un agnosticismo escéptico. De hecho, sería más correcto decir que la fe arraigó en el alma de Dietrich *no tanto a pesar* del descreimiento de sus padres *como debido* al clima de reverencia y capacidad de asombro en que educaron a sus hijos. Así lo refleja Dietrich en otro episodio esclarecedor de la religiosidad natural de su madre.

Cuando estaba solo [en torno a los cinco años], a veces me postraba en el suelo ante una copia de la cabeza de Cristo de Donatello y me quedaba unos diez minutos adorando a Cristo. Esa oración me inundaba de alegría. Re-

cuerdo que una vez mi madre abrió la puerta y, al verme, se retiró en silencio con los ojos llenos de lágrimas. Aunque no era una cristiana comprometida, sentía una honda reverencia hacia la religión. Por otra parte, mis padres respetaban profundamente los impulsos del alma de sus hijos.

Dietrich no permitió que reprimieran su incipiente naturaleza religiosa. A los ocho años, cuando su hermana Lisl lo llevó a la catedral de Milán en una visita artística sin ninguna intención espiritual, él fue haciendo la genuflexión delante de todos los altares laterales: no podía dejar de pensar que era un error visitar una iglesia con una actitud meramente estética.

La lectura de un libro de historias bíblicas representó un hito en el desarrollo religioso de Dietrich. Tenía seis años y la experiencia, que amplió su sentido de lo sobrenatural, fue arrolladora. «Mi corazón se llenó de una alegría indescriptible a medida que se iba abriendo ante mí el mundo de la revelación. Aunque no entendía todas las palabras, sentía de algún modo la solemnidad del mundo de Dios que me envolvía».

Más llamativos —aunque de un modo diferente y quizá más sutil— eran los indicios de la honda sensibilidad moral del joven Dietrich. En la adolescencia, su padre quiso mostrarle a una modelo desnuda. El motivo de Adolf no era lascivo: pretendía que su hijo contemplara el raro ejemplo de un cuerpo de perfectas proporciones. No por una vergüenza puritana, sino porque ya entonces intuía la misteriosa auto-revelación del cuerpo desnudo, el muchacho se negó a ello y le dijo a su padre: «Quiero reservar esta experiencia para cuando tenga el privilegio de ver desnuda a mi mujer».

No deja de resultar sorprendente la notable independencia de Hildebrand respecto de su entorno, aún más asombrosa si recordamos que en los primeros episodios reseña-